

HOSTOS Y LA CRITICA SOCIAL*

JOSÉ EMILIO GONZÁLEZ

ON Eugenio María de Hostos sucede como con los Tres Reyes Magos. Todos los años vienen, para enero, pero apenas son venidos cuando ya comienzan a derrumbarse en el olvido. Cada año, un homenaje a Hostos, usualmente en el Ateneo, el día de su natalicio o un día después. Alguna que otra escuela o colegio celebra un acto para sus alumnos. Todos los años. Y la cosa no pasa de ahí. Así venimos, por lo menos, desde 1939. Puede asegurarse que la mayoría de los puertorriqueños todavía no saben quién fue Eugenio María de Hostos.

Es evidente que actos como el que celebramos esta noche no bastan. No basta que en alguna institución docente se ofrezca una velada en honor al prócer. Tampoco basta que se ponga su nombre a alguna calle o plaza. Ni tan siquiera es suficiente que se estudie su obra, aunque esto sería ya un gran adelanto. Además de todo eso, es necesario, es indispensable, es urgente encarnar al espíritu de Eugenio María de Hostos en la vida de cada uno de nosotros, en nuestra vida de pueblo. Mientras esto no se haga no estaremos en verdad rindiendo homenaje al patriota.

La crítica social fue en Eugenio María de Hostos una de las funciones de su patriotismo. No concebía él amar a la Patria sin sondear sus dolores, sin escudriñar sus flagelos, sin el enfrentamiento leal y sincero con su realidad social, sin la dilucidación, tanto en el nivel teórico como en el práctico, de sus problemas, sin una visión del ideal que debe mover al patriota para su superación.

La crítica social en Hostos tiene una raíz moral: desde el momento, como nos cuenta en su *Diario*, en que descubre, todavía niño, la realidad de la injusticia. El mal surge por primera vez ante sus ojos en la relación entre los hombres. Después de ese instante inicial, el círculo de conciencia —el alerta crítico— se va a ir extendiendo, desde lo más inmediato —la familia, la escuela— hasta incluir a toda la sociedad de su patria. Entonces va a descubrir otro mal, más terrible

* Palabras pronunciadas la noche del 11 de enero de 1971 en el Ateneo Puertorriqueño, en un acto patrocinado por la Sección de Ciencias Morales y Políticas.

todavía, que es el de las injusticias pasajeras entre los hombres. Va a descubrir el mal social, el mal colectivo, históricamente consagrado: la situación colonial de Puerto Rico. Es el mal más fuerte contra el cual va a luchar siempre: la dominación de una sociedad por otra. Ese mal, que envuelve la esclavitud política y la explotación económica, va a determinar su vocación de crítico social, va a determinar algo más, su misión patriótica en el Viejo y en el Nuevo Mundo.

El anhelo de poner remedio a los males que sufría Puerto Rico, figura entre los factores que conducen a Eugenio María de Hostos a España. Allí ampliará una vez más el círculo de su conciencia crítica al entrar en contacto con los problemas en carne viva que afligían a la sociedad. Estudia allí las fallas de aquélla y se da cuenta de la íntima relación que existe entre los males que padece y los que sufren sus colonias de las Antillas. Pero como la buena crítica social no consiste sólo en explorar deficiencias y analizar conflictos, sino que requiere capacidad creadora para inventar posibles soluciones, Hostos entra de lleno en el debate, con discursos y artículos, haciendo aportaciones de pensamiento. Pero no se limita a contribuir con ideas y sugerencias, sino que se compromete personalmente en la obra de mejorar aquella sociedad, convencido como está de que en esa forma ayuda a la solución de los problemas de las Antillas. Ya sabemos cómo luchó en España por España y por América hasta el punto de sufrir persecuciones y abusos.¹

Sabemos también cómo se desilusionó con los liberales de la Primera República y cómo perdió toda esperanza de que de Madrid pudiera venirnos el remedio a nuestros males políticos y sociales. Decepción que la historia se encargó de confirmar. No fue hasta 1898 que la Corona nos concedió la Carta Autonómica, pero esto se debió a la inminencia del peligro yanqui. Por tantos años habíamos estado los puertorriqueños demandando reformas, pero en Madrid, tanto conservadores como liberales, ponían oídos sordos las más de las veces a nuestras demandas y cuando ya no les quedaba otra alternativa hacían concesiones que muy pronto el tiempo se encargaba de liquidar. En cuanto a la Independencia, España prefirió entregar la isla a los yanquis antes que a sus propios hijos.

Hostos se decepcionó en Madrid con toda razón. Se vino a América, específicamente a Nueva York, porque le habían hablado de una revolución muy próxima de los antillanos contra España. Ahora

¹ Su actividad cubre de 1857 a 1869. Ver su *Diario*, II. También su carta a don Salustiano de Olózaga y otras en el volumen, *Cartas, de Obras Completas*, IV, especialmente, páginas 15-19. (Todas las referencias y citas en este trabajo se hacen de las *Obras Completas* de Eugenio María de Hostos, Edición del Centenario, Editorial Cultural, La Habana, Cuba, 1939. Se indica el volumen con números romanos).

no tiene ante sí a una sociedad entera, con su repertorio de males y de bienes, sino a un grupo o grupos de emigrados. Estos constituían lo mejor de cada una de las Antillas bajo el yugo español. Eran el potencial para la actividad revolucionaria. Todos llenos de las mejores intenciones. Por ser hombres que amaban la libertad, que se habían dado cuenta de los males que acosaban a sus patrias, era de esperarse de ellos las mejores actitudes e ideas. Algunos eran muy inteligentes, incluso brillantes. Pero cuando Hostos se interna en la emigración antillana de Nueva York, junto a sus méritos va a descubrir sus defectos. Si bien hay espíritus generosos que lo acogen, no deja de salirle al paso el recelo, la desconfianza, la frialdad y hasta la indiferencia. Para sorpresa de Hostos cunden los anexionistas, que desean suplantarse la dominación española por la norteamericana.² No faltan entre los emigrados la discordia, las pequeñas rencillas, los resentimientos y ciertas faltas de visión. Lo de la revolución resulta un espejismo. Las energías que debían dedicarse al objetivo común se despilfarran en luchas mezquinas. Hostos tiene dificultad hasta para encontrar trabajo. Hoy diríamos, con lenguaje del siglo veinte, que estos hombres —pese a su fundamental decisión de romper con España— estaban colonizados, como hoy lo estamos la mayor parte de los independentistas. En descargue de aquellos emigrados digamos que muchos tenían que hacer frente a un mundo muy extraño para ellos en un país de una cultura tan distinta, que estaban sujetos a todas las angustias e incertidumbres consiguientes, que, habiendo quemado sus naves con España, todavía no podían tener una idea clara de cómo habría de ser la Tierra Prometida, en fin, que padecían las inestabilidades y confusiones que suelen darse en estas circunstancias. La experiencia del destierro no es nueva para Hostos, quien ya ha vivido en España y ha pasado por Francia. A pesar de su espíritu superior y de sus ideas mejor perfiladas, Hostos se sitúa frente a los emigrados con característica modestia. Tampoco puede colocarse ante ellos en plan de observador teórico. Al dar el salto de Europa a América, él también había quemado sus naves. Pertenecía, quiérase que no, a esa emigración. En este caso en particular no podía objetivarse. El era uno de ellos también. Se identifica con ellos olvidándose de posibles niveles distintos. Corre su misma suerte. Sólo así se explica la aciaga aventura de la expedición de Aguilera,³ en su segunda estadía en Nueva York. Fruto de la desesperación.

Al irsele cerrando los horizontes de Nueva York, Hostos piensa en realizar una misión de propaganda en la América Latina. Esta va a

² Además de lo que Hostos dice en el *Diario*, ver *Cartas*, IV, págs. 24-26 y 55-56.

³ Ver *Cartas*, IV, 65-73.

ser su gran misión, que cumplirá, con mayor o menor énfasis, hasta el fin de su vida. Irá a Colombia, a Venezuela. Pasará por Panamá. Residirá en el Perú, en Chile. Visitará la Argentina. Rozará el Brasil. Es el cuarto círculo —el más amplio— de su crítica social. Naturalmente, nos dirá más sobre aquellos países donde más se detiene. Chile, el Perú, la Argentina resultan los favorecidos. Pero también hará observaciones sobre otros países que incluso no ha visitado, como Ecuador y Cuba. Resultaría prolijo entrar aquí en un detallado análisis de lo que Hostos observa y comenta sobre cada país.⁴

El hombre que viaja por la América del Sur es más maduro, más rico de ideas, que el que marchó a España y regresó vía Nueva York. Aunque formula sus observaciones partiendo de ciertas ideas —sus enfoques del fenómeno social pueden calificarse de racionalistas-positivistas—, jamás es un puro espectador teórico. El suyo no es —y perdónese me la verdad de Pero Grullo— un viaje turístico. Tiene como misión predicar la causa de Cuba libertándose y de "Puerto Rico inerme" y acopiar respaldo para ella. Hostos va a hacer contacto con hombres eminentes y con hombres mediocres, con entidades públicas y privadas y con instituciones en su esfuerzo por conseguir apoyo.

Sabemos, también, que Eugenio María de Hostos viajaba con escasos, muy escasos, recursos. Por lo tanto, nada de comodidades ni de hoteles tan siquiera modestos. ¿Quién podrá ovidar el relato que nos hace de su llegada a El Callao? La jornada misma es angustiante: está en la balanza la suerte de las Antillas. El modestísimo viajero debe aprovechar muy bien su tiempo. No hay oportunidad para pontificar desde una confortable butaca sobre la ciudad circunvecina. Y, sin embargo, no hay detalle significativo que escape a su ojo de águila.

En tercer lugar, Hostos —auténtico latinoamericano— ama a esos países. Los ama como se ama al hijo que está en el vientre de la madre, sin haberlo conocido todavía. Para él, América es la esperanza de la humanidad. Es el continente donde pueden realizarse los sueños de justicia y de libertad. Por lo tanto, él los mira con ojos amorosos. Pero el amor es también una vía de conocimiento. Por ello, de esos países, a Hostos le interesa todo: desde el paisaje físico hasta el perfil moral, desde su historia hasta su economía, desde su política hasta su poética. ¡Con qué deleite nos habla de sus horizontes geográficos, de sus estructuras económicas o de sus problemas políticos! En todo lo referente a la organización social, Hostos suele aplicar criterios procedentes del positivismo de Spencer y de Comte. Su gran arma de examen es la razón, que él entiende como órgano descubridor de la verdad.

⁴ Véase principalmente: *Mi viaje al Sur*, VI; *Temas Sudamericanos*, VII; *La Cuna de América*, X. También: *Temas Cubanos*, IX; *Forjando el Porvenir Americano*, XII y XIII; *Castas*, IV, y *Páginas Intimas*, III.

Su racionalismo a veces nos sabe al siglo dieciocho y su actitud nos recuerda en ocasiones a la de los *philosophes* franceses ante el *Ancien Régime*. Al aplicar la regla de la racionalidad, Hostos atenúa la severidad del juicio con la práctica de la comprensión. Jamás hace su crítica desde el plano de una persona que se considera superior, como ocurre con tantos científicos sociales norteamericanos. No decreta qué es lo bueno y qué es lo malo. No evalúa a todo el mundo con el mismo rasero ni aplica mecánicamente conceptos y normas externas. Busca el punto de confluencia entre lo objetivo y lo subjetivo. Se entera. Observa. Examina. Escudriña. Formula su juicio responsablemente. Y siempre con amor. He descrito condiciones ideales que se dan, por ejemplo, cuando nos habla de Chile, del Perú, de la Argentina. Pero, evidentemente, no siempre puede Hostos realizar sus críticas de esta manera. Y ello se debe a que está de paso, a que le falta tiempo, a que le es más urgente cumplir con su misión apostólica. Entonces se esfuerza por evitar el impresionismo. Trata de aprovechar la oportunidad buscando el fondo de las cosas, muchas veces intuitivamente. Quiere acertar y acierta a menudo con lo significativo. Es un crítico social nato. Su ojo discierne. Su inteligencia analiza. Tiene el golpe de vista certero. Señala el mal. Diagnostica. Propone remedios. La luz de la razón. Los datos positivos. Amar y comprender. Son sus categorías.

En toda esa crítica del cuarto círculo hay ciertas cosas que me atraen en particular, por encima de sus méritos. Priméro, la conciencia continental, la conciencia latinoamericana. Hostos está definitivamente en contra de los nacionalismos estrechos, contra los patriotismos localistas o regionalistas. Los problemas de cada país son los problemas de toda la América Latina. En primer lugar, porque hay problemas similares entre ellos. En segundo lugar, porque cuando existen problemas de cada país o región, más específicamente, resulta que no podemos ser indiferentes a lo que allí ocurre. Un puertorriqueño no se puede desentender de los problemas que agobian a las masas indígenas de Bolivia, Ecuador y el Perú, por ejemplo. *Per contra*, un boliviano, un ecuatoriano o un peruano, y lo mismo se podría decir de un chileno o de un argentino, no se puede desentender, por ejemplo, del problema de la independencia de Puerto Rico. Hay —lo que me atrevería a llamar— un principio continental de resonancia. Si no fuera así, no tendría sentido la misión apostólica de Hostos. Si no, viviríamos encerrados en un patriotismo de campanario. Pero si Hostos va a Chile, va al Perú, va a la Argentina a pregonar la libertad de las Antillas, es porque existe una América integral, que nos abraza a

todos. La desaparición del gaucho nos debe angustiar tanto como la desaparición del jíbaro. Hoy más que nunca está vigente la alternativa de Civilización o Barbarie y no tan sólo en la Argentina, o en Venezuela, sino también en la América Central, en Puerto Rico y en los Estados Unidos.

Otro aspecto notable de esta crítica es la preocupación de Eugenio María de Hostos con los oprimidos, con los perseguidos, con esos grupos que en los Estados Unidos llaman "minorities" y que los sociólogos llaman "marginales". Su defensa de los indios, de los cholos y de los chinos es bien conocida. Condena las persecuciones raciales en América y en Europa. Donde quiera que va, mira hacia los más pobres, a los que viajan en tercera, a los que viajan en la proa.⁵ Habla con los negros, con los cargadores de muelles, con los obreros. Departe con el roto y con el huaso. Se fija en las clases altas, pero defiende las bajas. Un sector muy deprimido en la América Latina es la mujer. Hostos es uno de los vanguardistas de la educación de la mujer. No se limita a decir discursos y escribir artículos y ensayos donde enaltece la inteligencia, la sensibilidad y la capacidad creadora de la mujer. Funda escuelas e institutos para ellas. Combate a sus enemigos.⁶ Lo mismo hace con los niños, uno de los sectores sociales más incomprendidos aún hoy en día. Organiza en Santo Domingo todo un sistema de instrucción pública para la niñez. Para la educación de los niños no sólo escribe tratados de pedagogía sino también manuales para uso en clase, cuentos y obras de teatro. La obra de Eugenio María de Hostos, el más grande de los educadores puertorriqueños y uno de los más grandes de la América Latina, sigue ignorada por los pedagogos del sistema de instrucción pública de Puerto Rico, incluso los maestros de escuela, con rarísimas excepciones.

Hostos favorece todo lo que aumente y mejore la comunicación entre los hombres, todo lo que acabe con el aislamiento entre los individuos y los países. Así se ve bien claro en su infatigable labor periodística y publicitaria. También, por ejemplo, cuando se refiere al proyecto del ferrocarril trasandino en Argentina.⁷ Siempre lo vemos empeñado en romper las barreras que le impedirían dialogar con el otro, sobre todo, cuando ese otro puede hacer alguna contribución a

⁵ Véase *Mi Viaje al Sur*, VI, págs. 65, 85.

⁶ En su *Diario* nos dice: "...No hubo día desde el 1871 hasta febrero de 1874 en que, con motivo o sin él no resonara ningún clamor mío en favor de Cuba abandonada o algún insulto de los españoles o sus auxiliares contra mí, porque clamaba casi solo y en desierto en favor de un pueblo mártir, en pro de la unión ridiculizada de todos los pueblos, en pro de la emancipación de la razón humana, en favor de la mujer, de los indios, de los chinos, de los huasos, los rotos, los cholos y los gauchos, otros tantos esclavos de la desigualdad social." (II, pág. 121).

⁷ Ver también "El ferrocarril en el desierto," *Mi viaje al Sur*, VI, págs. 312-319.

la causa revolucionaria. Constantemente lo vemos tocar a las puertas solicitando cooperación para la causa y no son pocas las que se cierran en sus narices, o escribiendo cartas a personajes y personas que pueden ayudar. Se arriesga a aparecer impertinente, pero sigue llamando, instando, urgiendo. La independencia, nos dice, no es "rompimiento de relaciones, sino creación de las que no existen hoy; de las relaciones del afecto y del interés material, moral y etnológico."⁸

En todo este trasiego de la crítica social latinoamericana el gran leitmotiv es la situación colonial de las Antillas, la lucha por la libertad en Cuba y el retraso de Puerto Rico. Analiza una y otra vez esa situación. Comenta sobre los últimos desarrollos y acontecimientos. Denuncia siempre los desmanes del despotismo español. En la suerte de las Antillas está involucrada la suerte de toda la América Latina.

Como he dicho antes, la crítica social de Hostos tiene unas raíces éticas y parte de ciertas concepciones filosóficas, que pueden trazarse a Comte, Spencer, y posiblemente a algunos pensadores de la Ilustración. El empirismo positivista con su culto de los datos lo lleva al enfoque realista de las situaciones sociales. La herencia racionalista a considerar los grandes conjuntos, a formular síntesis generalizadoras del siglo dieciocho, tal como se da, por ejemplo, en Comte, lo impulsa y a clasificar. El legado de Comte, Spencer y Darwin impregna su visión naturalista, organicista y evolucionista de la sociedad. La mirada sobre la realidad social posibilita el que haga justicia a la etapa en que cada sociedad se encuentra y también a su historia, puesto que la situación contemplada, en el presente, es resultante del pasado. A la ida de la evolución del organismo social se une la idea de una ley de progreso imperando en la historia. Esta idea del progreso que domina la marcha temporal de los grupos humanos de la etapa de la barbarie a la civilización, responde al esquema comteano. Le sirve también para categorizar a cada sociedad en una etapa determinada. Ayuda también a determinar las causas de los males y fallas sociales, aunque, como ya he dicho, Hostos no suele aplicar estos cartabones mecánicamente. La idea del progreso, cuya realización histórica sería el estado pleno de libertad, de justicia y de bien, funciona como acicate de su idealismo moral. La revolución no es otra cosa que la consecución de ese estado: el orden verdadero.

La crítica social es un instrumento al servicio del bien y de la verdad. Tiene funciones pedagógicas. Como ya he dicho, no puede limitarse a discernir fallas, a señalarlas, a denunciar y a protestar. A la postre, la crítica también es creación. Exige la formulación de una teoría de la sociedad, y de teorías sobre sus estructuras y procesos.

⁸ Carta a don Salustiano de Olózaga, *Cartas*, IV, pág. 18.

Esa es la labor que realiza Eugenio María de Hostos en obras como su *Tratado de Sociología*, su *Tratado de Moral* y sus *Lecciones de Derecho Constitucional*. Es una exigencia de su espíritu de genuino estudioso de la vida social, y también de su espíritu de educador, lo que lo mueve a actuar creadoramente en dichas obras. Responden a un movimiento de compensación necesaria. La sociología no es sólo una ciencia descriptiva, como sostenían los cultistas de un empirismo positivista que estuvo muy a la moda hasta recientemente, sino que es también una teoría de la sociedad. Es curioso ver cómo este positivista que se llamó Eugenio María de Hostos se adelanta a todos sus compañeros de camino y ya a fines del siglo diecinueve formula una sociología teórica, cuya existencia es hoy un reclamo de los pensadores más avanzados en el campo de las ciencias sociales. ¡De modo que los que veían a Hostos como un pensador atrasado se han llevado un gran chasco y ahora resulta que estaba más adelantado que todos los que le sucedieron en el campo del positivismo durante la primera mitad de la corriente centuria! No estamos diciendo, naturalmente, que Hostos sostendría hoy las mismas ideas que expuso entonces, pero en cuanto al reclamo de una teoría social el tiempo ha venido a darle la razón.

La crítica en sus grandes tratados teóricos está, lógicamente, subordinada al plan de la creación. Su papel es entonces secundario. Y es muy característico de Hostos que casi siempre es dé al calor de cuestiones específicas. Así, por ejemplo, en el *Tratado de Sociología*, cuando habla sobre la Ley de los Medios, la formula en estos términos: "Toda fuerza social, al pasar de un medio a otro se quebranta." Y añade:

... La fuerza se desarrolla en sentido de menos, cuando el medio social tiene ya adelantada una porción de su actividad vital, en cuyo caso resiste tenazmente a toda influencia de fuerza que no convenga estrictamente con los intereses ya establecidos, ya arraigados, ya desnaturalizados por el abuso o por la falta de administración pública o por la facilidad con que los malos elementos personales obstan en las sociedades poco organizadas o en estado anorgánico, a la inducción de las fuerzas vitales, orgánicas y efectivas de la sociedad.

Ejemplo eternamente doloroso de este quebranto de la fuerza vital en sentido de menos, lo dan todos los pueblos de origen español en América (XVII, pp. 50-51).

Otra instancia la tenemos cuando al hablar del concepto de nación, se refiere al llamado "derecho de guerra" y dice:

Pero ese derecho de la guerra, que siempre es la negación del derecho, por más que a cada paso se intente hacerlo más legítimo y más legal, no es sino un caso fortuito que en modo alguno se puede considerar como uno de los opuestos naturales del desarrollo de una nación en nuestro continente y en nuestros tiempos (*op. cit.*, XVII, p. 155).⁹

Podríamos citar otros ejemplos, pero solamente me limitaré a llamar la atención sobre el concepto de "Sociopatía", que es lo que otros llamarían "patología social", y que ocupa todo un capítulo del *Tratado de Sociología*.¹⁰ Forma parte de la crítica social. En consonancia con el enfoque organicista de la sociedad, ciertos males de ésta son concebidos como enfermedades. Mencionemos solamente algunos: la miseria fisiológica, la anemia social, el exceso de población, el politiquero, el militareo y el revolucionismo. Hostos va definiendo a cada uno y va dando ejemplo. Emplea conceptos como el de higiene social y terapéutica social.

En sus tratados, Hostos suele discutir nociones populares o corrientes o definiciones anteriores de un concepto. Las somete a examen y luego propone su propia definición. En sus *Lecciones de Derecho Constitucional* critica al parlamentarismo y al centralismo. Atribuye este defecto a la organización política de los países latinoamericanos y dice: "Así es como desde Perú a Guatemala, desde Bolivia a la República Dominicana, desde Uruguay hasta Honduras, desde Paraguay a Costa Rica, el gobierno central es el único gobierno, el ejecutivo es el centro de todos los poderes, el jefe del ejecutivo es el centro de toda la máquina administrativa, y todo, vida nacional, vida provincial, vida municipal, todo está pendiente de la voluntad siempre desconocida o siempre incierta del que centraliza la actividad económica, política y social." (XV, págs. 94-95).¹¹

Al defender el derecho al sufragio de la mujer, declara: "Mientras dure el actual sistema electoral, organización del desorden, legitimación del fraude, legalización de los desenfrenos más brutales, la mujer se abstendrá por decoro." (XV, pág. 301).

No son, desde luego, las únicas críticas que aparecen en las *Lecciones de Derecho Constitucional*. En el *Tratado de Moral* también las hay y algunas de sumo interés. En un elocuente pasaje sobre el placer de la justicia, Hostos hace una larga enumeración de casos históricos de atropellos:

Citaré menos de la mitad:

⁹ Ver también *Tratado de Moral*, XVI, pág. 98.

¹⁰ Págs. 176-200.

¹¹ Ver lo que dice sobre gobierno, en la pág. 67 y ss., sobre el parlamentarismo, a la pág. 88 y ss. y sobre el derecho de libre expresión en la pág. 166.

Cuando los chinos sucumben, por no ceder a la injusticia de Francia e Inglaterra coaligadas contra ellos; cuando Arabi-Bey personifica contra fuerzas y poderes superiores el derecho de una raza; cuando el zulú se irgue con toda la fiereza salvaje y defiende con salvaje derecho la posesión del suelo patrio...

cuando... vemos defendida y sostenida la justicia contra la injusticia, palpita violentamente el corazón, respiran ruidosamente los pulmones, hierve la sangre, nos electriza el placer de la justicia, y, sintiendo ese placer digno de hombres, proclamamos la fuerza con que el derecho liga a los hombres con los hombres (XVI, pp. 130-131).

Sobre cierto cosmopolitismo nos dice:

Hay en el mundo una porción de desgraciados que, so color de que la patria de los hombres es el mundo, se desentienen de la patria, dicen que para ser ciudadanos del mundo. No es ese el cosmopolitismo que consideramos nosotros un deber. El que abjura de un deber no puede cumplir con otro deber más compulsivo. Ese no es más que un egoísta astuto que, con su hipocresía, intenta cohonestar su falta de virtud (*op. cit.*, p. 190).

Y sobre el patriotismo:

Antes que todo, y por encima de todo, el patriotismo es un deber. Y es un deber porque es el único o mejor medio de llegar el individuo, en la relación de necesidad, a la satisfacción de todas las que tiene el hombre en la sociedad nacional. Con efecto, el deber de patriotismo no es, en definitiva, más que el deber de trabajar asidua y concienzudamente, en cuerpo y alma, con músculos y nervios, con razón y sentimiento, y con toda la fuerza de la conciencia por el más alto desarrollo posible de la patria nacional (*ibid.*, p. 153).

Hasta el fin de sus días, Eugenio María de Hostos fue un crítico social. Lo fue cuando, al enterarse de los acontecimientos que precipitarían la Guerra Hispano-Americana, abandona Chile con el afán de contribuir, en la medida de lo posible, a encauzar la crisis que se avecinaba en beneficio de Puerto Rico.¹² Lo es cuando viaja a Washington en la comisión, de la cual formaban parte los doctores Julio J. Henna y Manuel Zeno Gandía. De las doce peticiones elevadas al presidente McKinley, ocho fueron redactadas por Hostos. Lo es cuando retorna a Puerto Rico a fundar la Liga de Patriotas. Lo es durante to-

¹² Sobre lo que sigue se puede consultar *Madre Isla*, V.

do ese período de afanosa actividad en que se esfuerza por levantar los ánimos de sus compatriotas para que, poniéndose de pie, defiendan los derechos de nuestro pueblo. Lo es cuando analiza objetivamente las circunstancias que lo obligan a salir de Puerto Rico para establecerse en Santo Domingo. Y lo sigue siendo en aquel país hermano, al reanudar su misión de reformador de la enseñanza. Su posición oficial, que le obliga a recorrer varias zonas de la nación, no le impide analizar profundamente las realidades dominicanas y expresar, con toda sinceridad, sus puntos de vista. Ahí están los volúmenes de *Páginas Intimas*, de *Cartas* y de *Forjando el Porvenir Americano*; donde se reúnen tantas páginas sobre Santo Domingo.

* * *

Escogí el tema de la crítica social en Hostos, que tan inadecuadamente he abordado, porque me parece que una de las funciones que más se necesitan actualmente en Puerto Rico es la de la crítica social. Considero que ésta es una de las obligaciones del intelectual y Hostos cumplió a cabalidad con ella.

El patriotismo verdadero no es el que se entrega a éxtasis deliriosos ni a alabanzas desmesuradas de la tierra en que uno ha nacido, sino el que estudia con sentido de responsabilidad las realidades sociales, el que ventila los problemas, señala males, propone soluciones y justiprecia los valores de la patria. Eugenio María de Hostos supo distinguir entre el "sentimiento aparatoso" y vacío de un patriotismo superficial y la conciencia profunda del deber civil. La crítica social es deber del patriota y aun más allí donde a los males que suelen agobiar a una sociedad en estado anormal se añaden los procedentes de una situación colonial o sojuzgamiento político. Entonces la crítica social se hace más imperativa.

Hostos fue capaz de intuir el anhelo de libertad que latía al fondo del pueblo puertorriqueño cuando llegaron los norteamericanos. Pero también se dio cuenta de que, a pesar de la evolución de nuestra conciencia cívica en el siglo diecinueve, quedaba mucho camino por recorrer. Prevalcían todavía muchas confusiones coloniales. La experiencia de La Liga de Patriotas fue bastante amarga para Hostos. Sus propias ideas —las que expresaba en sus cartas íntimas— resultaban muy avanzadas para la situación moral de nuestro pueblo y esto explica la extrema prudencia de sus declaraciones públicas y hasta ciertas concesiones. Aun así demuestra ser un buen crítico social al ajustar sus miras a la realidad. Pero nunca pierde de vista la meta, que es la obtención de nuestra Independencia nacional. En aquellas circunstancias del noventa y ocho no había que pensar en una revo-

lución contra los Estados Unidos. Hostos, sabiamente, ante la nueva situación, adopta un enfoque evolutivo. En él pone esperanzas, aunque no se muestra muy optimista.

Hostos, como tantos liberales de la segunda mitad de la centuria pasada, participó en la mitología del naciente imperialismo norteamericano. Aquellos revolucionarios, desesperados ante tantos fracasos en su batalla contra el yugo español, naturalmente derivaron hacia los Estados Unidos, buscando un apoyo que juzgaban indispensable y decisivo. Muchos de ellos, en su desesperación, cayeron en el error opuesto: el anexionismo. Sin embargo, Hostos, desde que llega a Nueva York se enfrenta a los anexionistas. Siempre los combate.

Es muy posible que Hostos creyera sinceramente que los Estados Unidos funcionarían de libertadores en Puerto Rico y el resto de la América Latina, que aquel país seguía siendo la patria de Jefferson y de Washington, pero tenemos algunas razones para dudar de ello. En primer lugar, porque Hostos en ciertos pasajes denuncia agresiones de los Estados Unidos y porque ya señala la presencia de ciertos males en aquel país.¹³ No cabe duda de que él también admiraba muchos aspectos de lo que él llamaba la civilización norteamericana. Los ideales del trabajo, de la industria, de la democracia y del federalismo se habían realizado allá. Estos eran signos de esperanza, pero no dejaba de notar en el cuadro ciertas notas sombrías.¹⁴

Si Hostos hubiera vivido veinticinco años más, habría visto confirmadas sus sospechas. Toda la racionalidad que él había atribuido al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos hubiera probado ser una ilusión más. Habría llegado a darse cuenta de que las llamadas reformas democráticas en una sociedad colonial no son sino formas vacías, ya que en ellas no se da la sustancia del poder ni constituyen verdaderas expresiones de soberanía. Se habría percatado de la importancia del poder económico en manos extranjeras y sus funestas consecuencias para el país. Habría protestado seguramente contra un

¹³ Sobre la "conducta ambigua" de los Estados Unidos frente al esfuerzo libertador de Cuba, ver la carta que Hostos le dirige al Redactor en Jefe del periódico "El Argentino" de Buenos Aires, en 1873, en *Cartas*, IV, pág. 31. Sobre la conducta de los norteamericanos en el Istmo de Panamá, ver *Mi viaje al Sur*, VI, pág. 75. Sobre las persecuciones raciales en los Estados Unidos, ver *Tratado de Moral*, XVI, pág. 98. Sobre la suerte de los indios en Estados Unidos, ver *op. cit.*, pág. 102.

¹⁴ En su *Tratado de Sociología*, Hostos declara que la civilización más completa que se ha creado hasta la fecha, es la norteamericana. En ella "se muestran florecientes el industrialismo, el moralismo y cuanto intelectualismo cabe en una sociedad que empieza a vivir." Pero añade: "Sin embargo, ni el funcionamiento de la vida americana es tan completo que presente una sociedad en efectivo desarrollo normal, no tan sano que su industrialismo, que es la característica predominante, no haya afectado ya, en la vida interior y en la exterior (en la interior, por medio de los partidos; en la exterior, por medio de la expansión), el florecimiento de la libertad, por donde empezó esa hoy detenida civilización." (XVII, pág. 109).

sistema de instrucción pública que es un arma de agresión cultural y un instrumento para enajenar al niño puertorriqueño. En una palabra, se habría apercebido de que hemos cambiado unos amos por otros, los últimos no menos crueles que los primeros, aunque sí más sutiles. Y ¿qué diría Hostos de los intentos de reemplazar nuestro vernáculo con el inglés? ¿Qué diría de la ocupación de miles de cuerdas de tierra con fines militares; de la utilización de nuestro territorio para guardar armas nucleares convirtiendo a Puerto Rico en un posible blanco de ataques atómicos? ¿Qué diría del servicio militar obligatorio? ¿De guerras en que nos vemos precisados a derramar sangre puertorriqueña sin que tengamos la más mínima participación en las decisiones que conducen a ellas? ¿Qué diría Hostos de las leyes de cabotaje? ¿De Puerto Rico obligado a comprar en el mercado norteamericano a los precios que ellos nos imponen y a vender sus productos a los precios que ellos nos imponen? ¿Qué diría Hostos sobre los problemas de la pobreza, del desempleo, de la delincuencia juvenil y de las drogas? ¿Qué diría de unos medios de comunicación de masas dominados por los intereses creados del poder económico y del poder político, dedicados a engendrar una mentalidad alienada entre los puertorriqueños? Y, claro, no he mencionado todos nuestros problemas sociales. Mi humilde opinión es que Hostos, si viviera en nuestros días, tendría mucho más que decir, como crítico, que todo lo que dijo durante el transcurso de su vida, porque hoy los problemas son más numerosos, más terribles y más retantes. Por ello, a falta de su noble y orientadora presencia, creo que cada uno de nosotros, los puertorriqueños, debe esforzarse por encarnar, en su propia vida, el espíritu de Eugenio María de Hostos, para cumplir en modesta medida, la función de la crítica social que sólo él hubiera podido cumplir en medida perfecta.